

# Sobre el asesinato de seis jesuitas de El Salvador

Valentín Menéndez, SJ.

Como sacerdote, jesuita y cristiano es emocionante recordar en este momento a los seis sacerdotes asesinados en las primeras horas de la mañana de ayer. La hermana cocinera, juntamente con su hija, que la visitaba, fueron también “masacradas”, como se acostumbra a decir por allá.

Era una de las comunidades de jesuitas que trabajaban en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”. Su principal empeño todos estos últimos años fue conseguir para El Salvador una paz en la justicia para ese sufrido y admirable pueblo al que ellos amaban y cuya nacionalidad asumieron. Uno de ellos era salvadoreño de nacimiento, el P. Joaquín López y López. Los otros cinco fueron destinados allí desde los dieciocho años.

Formaban un excepcional equipo de trabajo. Ignacio Ellacuría, 59 años, rector de la Universidad, profesor, concienzudo escritor. José López, 71 años, fundador y director de Fe y Alegría -obra dirigida a formar la juventud de esos barrios “a donde no llega el asfalto”. Ignacio Martín-Baró, 47 años, vicerrector de la Universidad, director del Instituto de Opinión Pública. Segundo Montes, 54 años, antiguo rector del Externado San José, director del Instituto de Derechos Humanos. Amando López, 53 años, ex-rector del Seminario Interdiocesano de San José de la Montaña, profesor de filosofía y teología. Juan Ramón Moreno, 53 años, antiguo maestro de novicios, bibliotecario y profesor de teología.

Vivieron, desde un trabajo universitario, el ideal de la Compañía de Jesús: una fe cristiana que exige la realización de la justicia. Peligrosa empresa en un país como El Salvador. Pocas personas conocían como ellos la realidad. Pocas personas hicieron tanto por formar salvadoreños honestos y profesionales capaces que lucharan por un construir un país mejor. No son hipérboles. Las promociones de

egresados de la UCA recordarán la calidad y ciertas palabras del P. Ellacuría en los actos académicos.

Todo su empeño estos últimos años fue conseguir la paz para El Salvador, empeño en que estaba embarcada allí toda la Iglesia. Fue un grupo de hombres, con Ignacio Ellacuría a la cabeza, a quienes “la verdad les hizo libres”. Llevaban años sabiendo el peligro que corrían. Lo más cómodo hubiera sido cambiar de país. Pero ellos creían en el trabajo que hacían. Y quienes hayan vivido en El Salvador sabrán muy bien el increíble trabajo de publicaciones científicas y divulgación comprometida que realizaron en aquel torturado país. Sin la revista ECA, que ellos publicaban, es imposible estudiar la historia de El Salvador en estos últimos años. Se equivocan quienes les identifican con el FMLN. Si con alguien se les puede identificar es con el P. Rutilio Grande y con Monseñor Romero, cuyo testimonio evangélico continuaron todos estos años y cuya palabra de verdad tuvo en ellos eficaces servidores. Por eso también les tocó participar de la misma muerte de Monseñor Romero, a quien tanto quisieron y admiraron.

Estos hombres, admirables para quienes los conocimos, no sólo murieron por la justicia y la paz en El Salvador sino, como Monseñor Romero y Rutilio Grande, son una cuenta más en el largo rosario de aquellos a quienes se les concedió la gracia de dar la sangre por Jesucristo, su causa y su Reino.

Hace diez años, la Iglesia latinoamericana se reunió en Puebla y habló de la “opción preferencial por los pobres”. Este grupo de hombres no quiso vivir según sus intereses, sino según los intereses de las mayorías pobres de aquel sufrido país. Ellos hicieron de verdad la opción por los pobres, con todas las consecuencias, movidos por su fe y por su

## Testimonios

---

extraordinaria calidad humana, intentando realizar un país mejor. Por eso fueron asesinados, el 16 de noviembre. ¡Qué casualidad!. Ese día celebra la Iglesia a otro grupo de mártires jesuitas: Roque

González, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo, los primeros mártires de las reducciones del Paraguay. Mártires, ellos también, de la opción preferencial por los pobres.